



Teresa Colom
Consciencia

Traducción
Andrés Pozo Cueto

LHG

hespérides

TERESA COLOM

Consciencia

Traducción de Andrés Pozo Cueto



La
Huerta
Grande

ESLES DE CAYÓN
2021

© De los textos: Teresa Colom
© De la traducción: Andrés Pozo Cueto

Madrid, 2021

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-17118-89-1
D. L.: M-3963-2021

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

A mi hijo Joaquim

Índice

El desconocido (2090)	11
Nicolái (2063)	31
La racionalidad liberada (2061)	49
Canales no habituales (2090)	59
La crisis de los Mark (2054)	63
La línea roja (2090)	77
El apartamento de la planta trece (2064)	83
El año de la muerte de las cuatro estaciones (2037)	97
El mensaje (2090)	103
La cláusula de los recuerdos (2066)	109
Sin imágenes (2090)	113
El cubo (2065)	119
Amor (2065)	131
El oligopolio (2061-2065)	135
Petición de visita de Nicolái (2090)	147
La raíz (2090)	155
La cápsula de pensamiento transferida a Zhu (2070)	159
La raíz en la tierra (2090)	171
Denzil (2090)	175
La última pieza (2090)	183

El desconocido 2090

Hacía veinte años que Laura Verns estaba dentro del sistema de Safir. Un cáncer incurable diagnosticado a la edad de cuarenta y tres años había activado los protocolos para liberar sus conexiones cerebrales del cuerpo enfermo y traspasarlas al sistema.

Todo había discurrido como el personal de la compañía le había descrito cuatro años antes, en el momento de contratar el servicio, cuando Laura tenía treinta y nueve y ni de lejos esperaba morir tan joven. Sin embargo, desde que la tecnología permitía que la consciencia sobreviviera al cuerpo, ella, como mucha otra gente, imaginaba la posibilidad de dejar contratada una vida más allá del deceso de la carne. Se podría haber dirigido a Célinfib o a Ciandgen, las otras dos grandes compañías del sector del neurotraspaso, pero escogió Safir porque tenía un centro operativo cerca de su apartamento. «Sé que te resulta incomprendible que no pueda explicarte qué sentirás en el nuevo estado cuando llegue el momento», le respondió la comercial que se había encargado de su expediente, «pero, mientras vivas en un cuerpo que identificas contigo desde que naciste, no te hagas ciertas preguntas. El día que tu cuerpo muera y los neurocientíficos traspasen tu cerebro a un sistema informático, tu nueva forma de existencia te parecerá tan natural como ahora vivir en una estructura de carne y hueso».

Su organismo había muerto el 9 de marzo del año 2070 a las siete de la mañana y, después de dieciséis horas, treinta y dos minutos y veinte segundos de trabajo, uno de los equipos de Safir le había enviado las primeras señales para comprobar que ya se había convertido en una vida de continuación.

Dada la naturaleza de la actual existencia de Laura, la cifra de veinte años no significaba nada para ella, al margen de saber que le faltaban otros cien para que llegase la primera renovación de su contrato con la compañía. Se trataba de un simple trámite pues tenía un depósito con ellos, estructurado en vencimientos parciales, de manera que, una vez finalizados los primeros ciento veinte años, se desembolsaría automáticamente el importe necesario para afrontar una cuota por otros cincuenta años, y después por cincuenta más, y así hasta un total de cuatrocientos, que se añadirían a los primeros ciento veinte abonados por adelantado en el momento de contratar el servicio. Después, transcurridos ya el total de esos quinientos veinte años, la empresa le aseguraba una permanencia adicional de entre cien y doscientos años, que irían a cargo de los rendimientos de la cartera de inversiones globales de Safir, de la que ella poseía una ínfima participación a través del depósito de vencimientos parciales que tenía con la compañía.

Con todo, no tenía presente su corta permanencia en el sistema hasta que Nicolái, un antiguo amigo, la fue a ver.

—Laura, hace veinte años que estás aquí —le dijo desde la silla atornillada justo en el centro de la sala de visitas.

—Veinte años y tres meses —puntualizó ella, que había comprobado la cifra por otro de sus canales mentales mientras él terminaba la frase.

—¿Estás disgustada conmigo, verdad? —le preguntó Nicolái.

—No —le contestó.

—Sé que es difícil entender que no haya venido a verte nunca después de tanto tiempo. Más que disgustada, debes de estar enfadada.

—No —insistió ella.

¿Por qué tendría que estar disgustada o enfadada con él?, pensó Laura mientras lo visualizaba a través de la conexión con la sala de visitas a la que el sistema central le había dado acceso.

Después del segundo «no» de ella, ambos se quedaron callados y, durante unos momentos, Nicolái se frotó las manos con nerviosismo y desenfocó la mirada, pero al cabo de nada desenlazó los dedos, apoyó las palmas sobre los muslos y volvió a fijarse en la pared que tenía delante, donde, cuando hablaban, serpenteaban las ondulaciones del sonido de sus voces. Tales ondulaciones, sin embargo, no eran fieles a la realidad: pasaban por filtros que corregían los tonos que se desviaban de la normalidad, entendida como hablar en un estado sereno. Esto quería decir que si alguna visita se mostraba, por ejemplo, alterada, los picos de su voz se allanaban y la ondulación suavizada que la persona veía enfrente la ayudaba a creer que la salida de tono había sido menor, y que el sistema y la vida de continuación a la que visitaba no se habían percatado de su nerviosismo.

Este tipo de manipulaciones reconducía los ánimos de los visitantes hacia el equilibrio que debía imperar en los contactos con las vidas de continuación. Eran muchos los retoques al servicio de esta finalidad: también se aplicaban filtros de calidez a las ondas de las respuestas que se escuchaban en la sala, para relajar auditivamente al visitante y que no percibiese la inevitable frialdad en las respuestas de la vida de continuación. Esta frialdad era una consecuencia del «equilibrio estático» que regía las mentes traspasadas al sistema, y se llamaba así porque el equilibrio de las mentes no se debía a fuerzas que se contrarresta-

ban, sino que era el resultado de la aplicación de la Racionalidad Liberada. Cuando el sistema central permitía que un cerebro accediese al canal de visitas, sus ángulos de visión eran idénticos a los de aquel y abarcaban toda la estancia, pero a los visitantes, en cambio, había que proporcionarles un punto de referencia al que dirigirse, una presencia material, y la representación de las voces en la pared situada frente a la silla también desempeñaba esta función. Para los del exterior, mirar hacia aquel panel era como contemplar la cara de la mente visitada. Así que Nicolái miró adelante —hacia Laura, según su percepción— mientras ella lo veía al mismo tiempo desde todos los ángulos posibles. Su aspecto inquieto le dejó claro que no la había creído y que sí pensaba que estaba enfadada con él, pero, antes de que Laura pudiera corregirle, Nicolái comenzó a exponer las razones que lo habían mantenido lejos de Safir durante aquellos veinte años. No hacía pausas para pensar, y habló con una cadencia que denotaba la necesidad imperiosa de explicarse, y ella no quiso interrumpirlo.

Según su relato, durante las primeras semanas no la había ido a ver por exigencia del equipo neurotécnico de la compañía. Como al resto de las personas cercanas, le habían pedido que no interfiriese en su proceso de estabilización. Una vez que se completaron todas las fases, le insistieron en que, si su visita no se producía a petición del cliente, era mejor dilatar al máximo el periodo de desconexión de la mente con el exterior. Así que esperó. Cuanto más tiempo pasaba, más le costaba ir, porque... ¿qué le iba a decir?

—Lo que quieras —le indicó Laura.

—Pero no tenía nada concreto que decirte...

—¿Para qué concretar? —preguntó ella.

Nicolái calló.

—Me daba miedo que me juzgases —confesó él.

—¿Y la acusación? —rio Laura.

—No haber estado lo bastante presente antes de... tu llegada a este lugar. Y, una vez que estuviste aquí, no haber venido enseguida.

—¿Has venido, no? Así que, cuidado, porque si insistes en tu reproche de no haber venido, entrarás en un bucle. —Laura volvió a reírse—. ¡Estoy bromeando! Entiendo que «enseguida» tiene una importancia para ti que no la tiene para mí. Y en cuanto a lo de estar presente... «Presente» es un término interesante. ¿Me situas en el presente? ¿Crees que estoy presente? —Laura se rio de nuevo.

—Hay muchas cosas de ti que ahora no sé... —dijo él y se le afligió el rostro.

—¿Acaso has perdido el sentido del humor? —le preguntó Laura.

Nicolái calló y bajó la vista. Después, volvió a mirar al panel mientras lo observaba con cierto desconcierto y continuó su explicación.

Él era poco más que un soldado raso en el mundo de la neurociencia, se había formado como neurotécnico, se especializó y dirigió su carrera laboral hacia el campo de la seguridad. Tenía conocimientos muy por encima de la media de la población para entender el nuevo tipo de existencia de Laura, pero si las mentes introducidas en el sistema eran una caja negra para los grandes expertos, para él lo eran aún más. Con el tiempo, su resistencia a ir a verla había aumentado, pero lo rondaba con fuerza la conciencia de que estaba viva dentro de un sistema cuyos peligros él intuía. Así que, en lugar de visitarla de vez en cuando y preguntarle cómo estaba, había decidido que se dedicaría a investigar sobre las vidas de continuación, y también que intentaría encontrar una vía para llegar internamente hasta Laura y asegurarse de que estaba bien.